

Precariedad laboral, escasez material, criminalización de la protesta. Eso sí, los negocios marchan viento en popa...



En el limbo laboral, 10 mil trabajadores de contratistas que sirven a Pemex

□ Sujetos a elevada inseguridad, "no existen" para la paraestatal ni para la STPS

■ 36 y 37

AMLO denuncia el espionaje del Cisen en sus giras

CIRO PÉREZ, ENVIADO

■ 10

Cancún: toman clases en ayunas 75% de alumnos de primaria

HUGO MARTOCCIA, CORRESPONSAL

■ 39

Cristina Fernández Kirchner se alista a relevar a su esposo en la Casa Rosada

□ Argentina vive hoy su sexta elección presidencial desde el final de la dictadura en 1983

STELLA CALLONI, CORRESPONSAL

■ 33

columnas

DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	8
EL DESPERTAR • JOSÉ A. ORTIZ PINCHETTI	8
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	20
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	22

opinión

GUILLERMO ALMEYRA	24
ROLANDO CORDERA CAMPOS	24
ARNALDO CÓRDOVA	25
ANTONIO GERSHENSON	25
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	31
RAÚL ZIBECCHI	34
ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO	42
ELENA PONIATOWSKA	4a
CARLOS BONFIL	9a

MUSICA CONTRA EL TLCAN



Con la consigna "sin maíz no hay país", el Zócalo se convirtió ayer en un enorme foro para la actuación de bandas roqueras, conjuntos gruperos, jazzistas y hasta mariachis, que participaron en la campaña para recolectar un millón de firmas contra la apertura comercial que amenaza al sector rural mexicano. En tanto, el Congreso Agrario Permanente y la Confederación Nacional Campesina demandaron a la Sagarpa que promueva la revisión del capítulo agropecuario del tratado firmado con Estados Unidos y Canadá ■ Foto Yazmín Ortega Cortés

GABRIEL LEÓN ZARAGOZA

■ 14

EJE CENTRAL

Memoria de *El Tigre*

CRISTINA PACHECO

Durante años no quise resignarme a que *El Tigre* hubiera muerto. Pensaba que hacerlo era como abandonarlo. Por eso me pasé tanto tiempo afeerrada a sus recuerdos procurando convencerme de que todos eran bellos y valían tanto la pena como para hacerme olvidar que mi hija, Yesenia, iba creciendo y me necesitaba. Cuando llegue a visitarme le pediré perdón.

Todo el año ha estado diciéndome que vendría para Todos los Santos a visitar las tumbas de sus abuelos. Miles de veces me ha dicho lo mismo y no ha cumplido su promesa. Ahora me resulta difícil creer que nos veremos dentro de unas horas y podré abrazarla. Desde 1992, cuando se fue para San Isidro, sólo he podido estrechar sus retratos y oírlos por teléfono.

Con mi hija me he perdido de muchas cosas: sus cumpleaños, verla el día de su boda con John, asistirle cuando nació Kevin, acompañarla en sus momentos difíciles. Los adivino sólo por el tono de su voz. "¿Estás llo-

rando?" Lo niega y dice que nada más tiene gripa. Finjo creerle, pero me deja con la espina clavada, tratando de adivinar qué le sucede, cuál rincón de su casa será su refugio. El mío fue y sigue siendo la cocina: allí puedo echarle la culpa de mis lágrimas a las cebollas.

De repente me pongo a pensar en qué habría sido de mi hija si se hubiera quedado conmigo en Chalco. Tal vez se habría ido con alguno de los pandilleros que mataron a *El Tigre*, a Ezequiel...

Dejé de llamarlo por su nombre el día en que, por casualidad, me lo encontré con sus amigos en Pantitlán. Me dio tanto gusto verlo que lo llamé "¡Ezequiel!", pero se hizo el desentendido. Noté que se avergonzaba de mi embarazo y juré no volver a verlo ni avisarle cuando naciera nuestro hijo: fue niña y salió muy enfermiza.

Me mantuve fiel a mi palabra hasta que Yesenia cumplió un año. En el mercado Martínez de la Torre le había

comprado un vestidito de encaje rosa y con ése la llevé a dar gracias a la Basílica. Una peregrina me dijo: "¡Qué chula se ve su niña!", y nomás por eso se me ocurrió que era el momento de presentar a Yesenia con su padre: siempre tan guapo en su uniforme verde olivo.

Era domingo, día franco para *El Tigre*. Recordé que de novios nos encontrábamos por el rancho de La Hormiga y de allí nos íbamos a pasear a Chapultepec y a comer. Me imaginé lo bonito que sería revivir con Yesenia aquellas tardes tan preciosas.

Sin pensarlo más agarré rumbo al cuartel. Como si no fuera suficiente el obsequio de llevarle a su hija, en el camino me detuve a comprarle a *El Tigre* una caja de galletas.

Con mi niña en brazos y el regalo en la mano esperé. El sol calentó y me provocó una jaqueca terrible. Yesenia se puso molesta y para alegrarla le decía que se contentara porque iba a conocer a su papá. Cuando al fin lo vi bajar por Constituyentes, pensé que el corazón se me iba a salir de tan fuerte que latía.